

En Viaje

(EL MÁXIMO DE LECTURA, POR EL MÍNIMO DE PRECIO)

REVISTA MENSUAL DE LOS FERROCARRILES DEL ESTADO CHILE



El lago Villarrica, famoso por su abundante y exquisita pesca, ofrece un motivo múltiple de atracción. Aquí vemos a dos encantadoras señoritas que, con su belleza, contribuyen a dar mayor encanto y atractivo al majestuoso paisaje aureño.

OCTUBRE DE 1940

Edición N.º 84

Precio: \$ 1.00

La ruta maravillosa

por Luis Durand.



CRISTOBAL COLON



—¡TIERRA, tierra!

Desde lo alto de las cofas, donde ya el viento traía perfumes de selvas vírgenes, el grito vibrante de Rodrigo de Triana trajo al pecho de los expedicionarios, cuya fe y esperanza comenzaba a entenebrecer la sombra de la angustia, un soplo vigoroso de alegría y entusiasmo que iluminó los ojos de aquellos argonautas que iban hacia lo desconocido arrastrados por el ansia alucinada de Colón.

Y en aquel mismo día, ante el asombro de unas pupilas rebeldes, en su atónita sorpresa, siluetas de bronce en escorzo que se deslizaban con felina cautela entre la fronda lujuriosa de los bosques, desembarcaba el Descubridor en aquellas tierras que se dilataban en un portentoso mundo propicio a las más increíbles aventuras y a las más hazañosas proezas en que se demostraría de nuevo el empuje y la vitalidad de aquella raza que acababa de arrojar a los moros de la península ibérica, vengando así a don Rodrigo, el último de los reyes visigodos que cayera, setecientos años antes, vencido por las huestes de Tarik.

Amanecía el 12 de octubre de 1492. Bajo el signo de la Cruz y llevando en alto el estandarte de los Reyes Católicos, Colón tomaba posesión de aquella tierra habitada por una raza de bronce, donde el clima era cálido y volaban bajo un cielo de luces intensas, pájaros de fabuloso colorido. Y tras Cristóbal Colón, hincaban la rodilla en esa tierra tan apetecida, Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón que en sus carabelas la Pinta y la Niña habían seguido la estela audaz y temeraria de la Santa María, la gloriosa nave capitana.

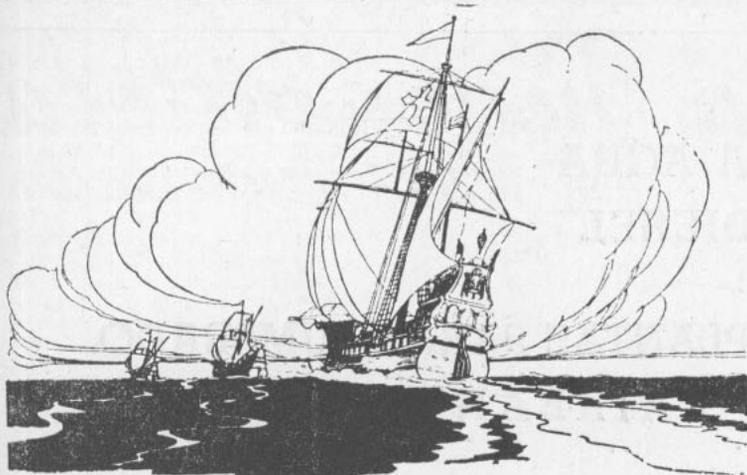
¡Un Nuevo Mundo había sido descubierto! Bajo sus cielos que abarcaban las más lejanas latitudes se extendían territorios inmensos entre cuyas montañas inaccesibles y sus ríos interiores, grandes como océanos, esperaba a los hijos de Iberia todo el misterio de una civilización que también tenía sus grandezas y sus tesoros. Un arte y una cultura. Un concepto más simple y primario

de la existencia, pero al propio tiempo más humano en el aspecto social. El hombre no conocía aquí la crueldad del hambre ni de la explotación humillante y egoísta. La tierra era grande y daba lo necesario para que todos vivieran felices, dentro de un régimen patriarcal y benigno que de pronto transformarían aquellos hombres pálidos y barbudos que, según el anuncio de Quezalcoatl, el dios azteca que gobernaba los aires, vendrían a destruir los Imperios, que habían crecido y prosperado bajo la égida del Sol, padre de toda felicidad humana sobre la tierra.

Los hombres que acompañaron a Colón en sus viajes de leyenda, volvían a la Península llevando la fausta nueva del descubrimiento. Eran tierras ubérrimas donde los frutos deliciosos se ofrecían al goce del paladar sin necesidad de mortificarse en cultivarlos. Las montañas ocultaban toda suerte de piedras preciosas, y los ríos arrastraban en sus aguas, oro y plata, en cantidades fabulosas. Todo aquello fué como abrir una ancha brecha en la imaginación de cuantos oían tales prodigios. La fantasía iluminaba la mente y en todas las miradas se encendía una especie de fiebre alucinada que hacía latir el corazón con ritmo agitado e impaciente. Soldados, artesanos, campesinos, hidalgos empobrecidos, capitanes ansiosos de glorias y aventuras, sentían que en las venas les ardía como una quemadura, el fascinante y seductor llamado de aquellas tierras de encantamiento.

Y siguiendo la ruta maravillosa del almirante, fueron saliendo camino de la aventura, las naves que hinchaban sus velas con la ilusión afiebrada de muchos corazones agitados por la quimera de la felicidad que les aguardaba en esos países, que seguramente eran más ricos y bellos que aquéllos que describiera el veneciano Marco Polo, en su libro de las Maravillas, y de los cuales ya se oía hablar por todos los ámbitos de Europa.

Poco a poco, Europa se fué dando cuenta de la verdadera magnitud de la hazaña de Colón.



No eran las Indias, las que aquel descubriera sino un nuevo mundo, del cual da más tarde una rudimentaria idea el mapa de Américo Vespucio. Tierras de Américo, las llama entonces la gente, y por milagro de un capricho colectivo, toma de aquel navegante italiano, su nombre, nuestro continente: América. Y la ruta maravillosa la siguen las naves de Alonso de Ojeda, que descubre una tierra que le recuerda a Venecia y a la cual por esta circunstancia da el nombre de Venezuela. Y Vicente Yáñez Pinzón que descubre la desembocadura del Amazonas, y más tarde Rodrigo de Bastidas la del Magdalena y el golfo del Darién. A este le sigue Vasco Núñez de Balboa que atravesando las tierras de Panamá, descubre desde una cima el Mar del Sur, el mismo al cual arribará el portugués Hernando de Magallanes cuando encuentra el Estrecho que lleva su nombre y cuya expedición, después de la muerte de Magallanes, es la primera en dar la vuelta al mundo, guiada por su segundo, el marino de Vizcaya Juan Sebastián de Elcano.

Y tras los descubrimientos, viene la etapa de los conquistadores. Son éstos, hombres escapados de la mitología, pues sus hazañas, en realidad, sobrepasan a todo aquello que del hombre se puede esperar, como esfuerzo y osadía, como fe en el triunfo de una empresa, y como temple irreductible de energía y de vitalidad humana. Y ahí están para confirmarlo los nombres de Sebastián de Benalcázar y de Pedro de Alvarado que conquistan las tierras de Quito, donde vivía Pascha, la princesa amada y preferida por el Inca, el Poderoso Señor que gobernaba el Imperio del Tahuantinsuyo, por mandato del Sol. De

allá, de la Isla del Sol, cuya mole se destaca en medio de las aguas espejeantes del Titicaca, había salido Manco Capac y su mujer, Mama Oello, para unir todos los "ayllus" o tribus, en que se dividía la raza quechua y aymará. Es este Imperio el que conquista Francisco Pizarro, con catorce soldados, a los cuales les dice, contrariando una orden de Pedrarias Dávila, Gobernador de Panamá: Por aquí se va al Perú a conquistar gloria y riqueza; por acá a Panamá a ser pobres...

Algo parecido le ocurre a Hernán Cortés cuando se decide a quemar las naves en que había conducido sus tropas hasta la costa mejicana, desobedeciendo las órdenes de Velásquez, Gobernador de Cuba, que deseaba esa gloria para él. Cortés se encuentra con un pueblo de guerreros indomables que no le dan cuartel. En varias ocasiones está a punto de ser derrotado y vencido por los aztecas que defienden encarnizadamente su ciudad de Tenochtitlán, dirigidos por Moctezuma y luego por Guatemozín, aquel bravo capitán que contesta a un guerrero que se queja a su lado, cuando él está sobre una pira ardiendo: ¿Acaso crees que estoy en un lecho de rosas?

Y sigue la etapa cruenta de la conquista, entre montones de oro y ríos de sangre. El indio defiende su tierra y su libertad en todos los rincones de las Tierras de América. La raza de bronce que nació y creció en libertad, no puede resignarse a la esclavitud. A los cañones y arcabuses, a la espada y el machete, se opone la lanza y la honda, la flecha envenenada en los países del trópico y el dardo audaz en las tierras australes. Aquí, en estas tierras pobres, "que no daban ni para mantener a cincuenta vecinos"

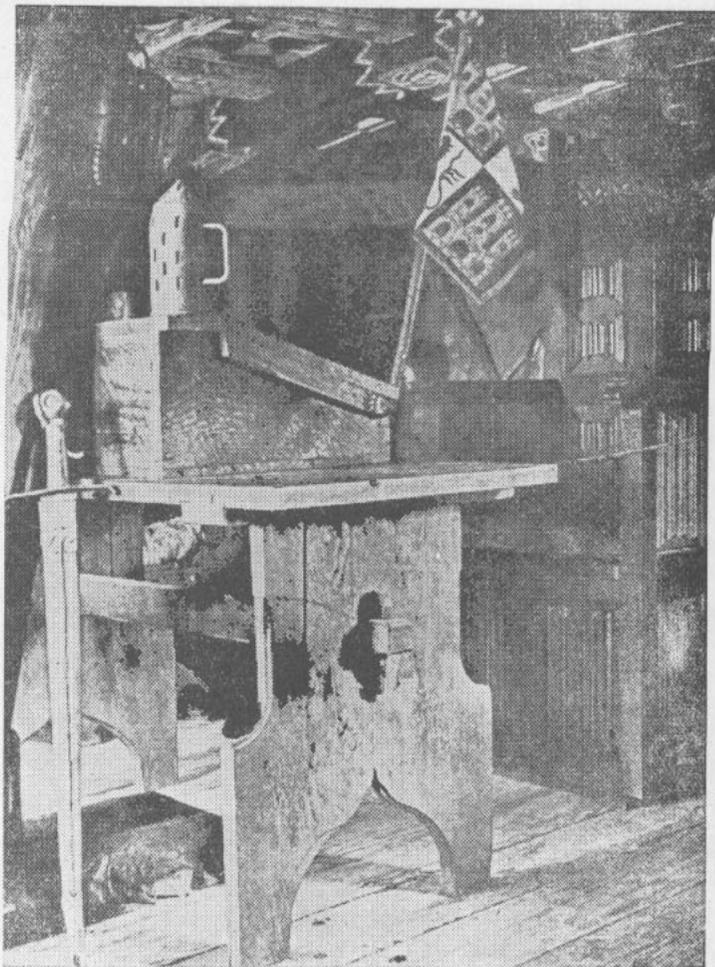
según dijeron los decepcionados expedicionarios que reconocieron el país bajo las órdenes del Adelantado don Diego de Almagro. Y sin embargo, a estas tierras llega un gran capitán, un hombre de cultura y excepcional talento que había peleado en Flandes y en Italia antes de llegar a América. Era don Pedro de Valdivia, cuyas cartas a Carlos V, son una maravilla de gracia y colorido cuando le refiere a su Soberano las excelencias de este bello país. Es Valdivia el primer chileno de alma, que admira la tierra y el paisaje de Chile, en donde muere peleando con los araucanos, que lo vencen dirigidos por aquel Toqui genial que se llama Lautaro,



el más estupendo estrategia que produce la América india.

Pero los conquistadores siguen recorriendo ansiosamente la ruta del Descubridor, Juan Díaz de Solís, Jiménez de Quezada, Juan de Garay, Hernando de Soto y tantos otros cruzan el inmenso territorio de América llevando delante de sus huestes, las insignias del Rey Católico. Son grandes capitanes que a su vez hacen destacarse frente a ellos, a otros gloriosos guerreros indios tales como Guatemoc, el mejicano, como Rumiñahui, el quiteño, como los chilenos Lautaro y Caupolicán. Son las piedras angulares que destacan el valor de la raza. Son grandes como el Chimborazo, como el Illimani, el Popocateptl o el Aconcagua. Son ellos la demostración de la fuerza de América, de cuyo riñón nacen ríos como el Amazonas, el Marañón o el Paraná, que lanzan hacia el océano, con formidable impulso, todo el exceso de su inaudito poderío físico.

Pero España, al propio tiempo, cruel y piadosa, apasionada y dominadora, entrega su sangre y su espíritu a esta América india. Dos magníficas razas llevadas y traídas por los impulsos arrebatados del odio y del amor se funden en un abrazo eterno, para así, identificados en sangre y en espíritu, forjar el porvenir de América. De la nuestra. De la América hispana que nació el 12 de octubre de 1492, cuando en España reinaban don Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla.



L. D.

Cabina de Colón en la "Santa María"